

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA



**¡Mamá,
déjame amar!**

por
MADGE BELLAMY
50 ct.

BIBLIOTECA

Los Grandes Fums

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Ediciones BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551

BARCELONA

¡MAMÁ, DÉJAME AMAR!

Deliciosa comedia

PRIMERA SUPERPRODUCCION GIGANTE "FOX"

interpretada por

MADGE BELLAMY



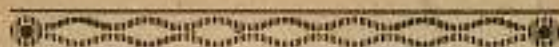
Exclusiva de

Hispano Foxfilms, S. A. E.

Valencia. 280

BARCELONA





¡MAMÁ, DÉJAME AMAR!

Argumento de la Película

El matrimonio Quail era lo que son muchos, acaso demasiados, matrimonios: el hombre era menos, en cuanto a carácter, que su mujer.

El señor Quail era un espíritu mediocre, y si llegó a farmacéutico, fué por pura casualidad. Sin duda los catedráticos que le examinaron estaban distraídos y le aprobaron por error.

El padre del señor Quail compró una farmacia en el pueblo, una botica donde se vendía de todo, desde pastillas de menta al peor tabaco, y el hijo de papá pensó entonces en casarse.

Lo hizo con una moza tan metidita en cas-

Revisado
por la censura gubernativa

nes como enérgica, y a los pocos meses, en la botica no había más farmacéutico efectivo que la señora Quail.

El negocio era anémico, pero el matrimonio, gracias a la mano de hierro de la esposa, vivía desahogadamente.

Llegó al mundo una niña, en la que puso todas sus ilusiones y esperanzas la señora Quail; y pasaron unos años.

La hija del matrimonio, llamada Sally, contaba cinco años, cuando su madre veía ya en ella una futura y deslumbrante "estrella" coreográfica, parodista y cantante; pues veía en su niña arte en las piernas, en el remedo de tipos populares, y en la garganta. ¡Nada! Todas las musas habían vertido sobre su retoño sus gracias.

Y tal era el empeño de la señora Quail en ver convertido en realidad el sueño que había forjado a partir del primer momento que hizo los asombrosos descubrimientos artísticos en su hija, que, a pesar de la ruinoso recaudación diaria que se hacía en la botica, decidió dedicar una cantidad a la educación artística de Sally.

El señor Quail, asombrado de ello, protestó:

—Pero, mujer, ¿no sabes que debemos dinero a todo el mundo y que no hay manera de que el negocio se sancie siquiera un poco?

La señora Quail se olvidó de sus deudas, se olvidó de todo, y repuso a su marido: firme en su propósito de convertir a su hija en una eminencia artística!

—Es necesario proporcionar a Sally la ocasión de triunfar... buscarle un profesor de canto y baile...

El pobre hombre, que si tenía una buena cualidad era la de ser económico, llevóse las manos a la cabeza y exclamó:

—¡Lucidos! estamos con tener un "retoño teatral" en la familia! ¿Por qué no la enseñas a guisar, que es más práctico?

—¿Qué sabes tú de esas cosas, Quail?

Así terminaban siempre las pláticas de los cónyuges, quedando la razón de parte de la mujer.

Sally había salido a la calle, y en ella la rodearon unas amiguitas, admiradoras suyas por sus genialidades, que la colocaban en un

plan superior, como los seres extraordinarios.

No eran tan sólo las chiquillas las que celebraban la precocidad artística de la niña, sino también los mayores, tan inconscientes como aquellos.

Benito y Berta, dos niños de la misma edad, eran los amigos "intimos" de Sally, para quienes era ésta como un idolo.

Berta y Benito se querían entrañablemente y como no se separaban nunca, alguien les llamó, una vez, "gemelos", y por tal nombre eran conocidos.

Benito dijo a Sally, al verla:

—Imita a Eddie Foy, el gran clown.

La niña no se hizo repetir la súplica, y entregóse con deleite a su papel de imitadora del gran payaso.

En la botica se hallaba una compradora hablando con la señora Quail.

De pronto, al ir a salir, acompañada hasta la puerta por la farmacéutica, la clienta vió a Sally haciendo las delicias de "su" público, y, sonriente, dijo a la madre, que se enorgullecía del talento de su niña:

—¿Qué tesoro, señora Quail!

—¿Y que lo diga usted, señora Burner! ¡Estoy tan segura de que no ha de defraudar mis ilusiones, que todos los sacrificios que me imponga por ella habrán de parecerme pocos!

—¿Cómo imita a Eddie Foy! ¡Qué gracia tiene el angelito!

El público de la salina, timbrera teatral corroboró las palabras de la señora Burner, aplaudiendo a Sally, y ésta, sin importarle gran cosa la ovación de sus admiradores, reunióse con Berta y Benito, prefiriendo divertirse con ellos a divertirse, cansándose, a los demás.

¡Ah! No era para satisfacción propia por lo que hacía exhibiciones de excentricidad, sino por complacer a su madre, que no se dejaba un momento en paz con su sempiterna cantinela de: "Imita a Tulano; imita a Zujano; canta, hija; baila, preciosidad."

Como se ve, Sally era un muñeco que se movía a voluntad de su madre.

Entre los espectadores se hallaba un cagoncito muy simpático. Sally, llevada del sentimiento maternal que se manifiesta en la mujer en su más tierna edad, fué a cogerlo en

brazos, y prodigarle suaves caricias; pero la señora Quail, apartándola con cierta dureza del niño, la ordenó:

—¡Deja a ese chiquitín!

—¡Oh, mamá! ¿Por qué no me dejas jugar con él?—lamentóse la infeliz.

—Las niñas mayorcitas como tú no deben jugar con los bebés, sino que deben portarse como mujercitas razonables.

La compradora contempló a Sally y dijo a la madre:

—¡Es la mismita Anna Held! ¡Y tan inteligente como ella!

—Sí, señora Burner. Tiene su misma voz. ¡Mi niña es un portento en embrión!

—Cuando sea una gran artista, acuérdesse de que fui yo, después de usted, quien estimuló a su hija en su gloriosa vocación.

—Desde luego, señora Burner.

El público fué desfilando; marchóse también la compradora, y Sally, viendo alejarse juntos a Berta y Benito, miró interrogante a su madre y le dijo:

—Benito y Berta dicen que van a casarse cuando sean mayores.

La señora Quail frunció el ceño y contestóle:

—Las niñas no deben pensar en el matrimonio. Eso no está bien.

—¿Por qué, mamá?

—El matrimonio es una tontería.

Esta era, en verdad, su opinión, innumerales veces manifestada al timoruto señor Quail, quien no hacía más que preguntarse si se había casado para vivir en paz o para tener a todas horas un censor, atormentándole por cualquier nimiedad.

Fué pasando el tiempo... años meses.

Sally recibió lecciones de canto y baile, y llegó el día de examinarse en público, como las otras alumnas de su edad.

La señora Quail vistió a su niña con pésimo gusto, atenta sólo a que destacase del conjunto por los dos enormes lazos blancos

que le prendió en el pelo, y el indumento de la criatura provocó hartos comentarios.

—¡Pobrecita! ¡Qué estrafalaria!

Pero la señora Quail no admitía lecciones de nadie, y sabía por qué vistió de aquella suerte a su hija. ¿No iba a imitar a artistas grotescos? Pues, la hacía en la niña acompañar los gestos, mucho mejor que si hiciese una espléndida "ballette" de escenario.

Al fin, tocó a Sally el turno de aparecer en escena.

Otras niñas habían triunfado ya, y la señora Quail tenía la convicción más rotunda de que su hija las superaría a todas en sus diversos aspectos artísticos: como parodista, bailarina y cantante.

El "régisseur" anunció a Sally de este modo:

—Respetable público, Ahora se presentará ante ustedes la señorita Sally Quail, con sus asombrosas imitaciones.

Inmediatamente, la señora Quail empujó a su niña hacia la escena, y Sally, sin saber cómo, se encontró en el centro del tablado, muy nerviosa y muy azorada. El público se

le antojó un dragón de mil cabezas pronto a devorarla, y tuvo miedo.

Cuando el "régisseur" la anunció, habíase oído un silbido, demostrativo de que el que lo lanzaba no estaba para ver imitaciones ejecutadas por una mocosa.

Y acaso aquel silbido había puesto en guardia a Sally contra el terrible juez que condena o liberta al que se somete a su fallo indiscutible.



... tocó a Sally el turno...

La señora Quail oyó perfectamente aquel síbido, pero dijo a su hija, asombrándola a vencerla:

—¡Anda, hija, la madre confía en ti!

Y la niña saltó a escena, sí; pero apenas vióse frente a los espectadores, se puso a temblar, sus piernas se negaron a obedecerla, y, presa de pánico, de un temor muy doloroso, como si todos a una le apretasen el corazón, murmuró el dulce nombre de su madre y corrió a estrecharse contra la señora Quail, rogándole que no la desamparase, que no la dejase sola delante de tanta gente que la miraba tan poco predispuesta a la benevolencia.

El público celebró con risas la genialidad de la niña, y entre bastidores, el "régisseur" y la señora Quail discutieron acaloradamente, decidido aquél a que Sally no reapareciera, y ella a que volviese a anunciar a su hija, pues ya estaba bien.

Pero Sally, pobre criatura!, no podía serenarse, y, viéndolo, el "régisseur", rayó su nombre de la lista de las alumnas que se exa-

minaban, y anunció a la que seguía por turno a la suprimida.

Indignada con el "régisseur", la señora Quail hizo además de presentarse ella misma ante el público para anunciar otra vez a Sally, pero la detuvieron a tiempo, y tuvo que resignarse a no ver triunfar a su hija aquella noche.

Pero no vayan ustedes a creer que la porfiada mujer se amilanase ante aquel fracaso. ¡No!

Y no crean tampoco que trató duramente a Sally por su torpeza.

Nada de eso. Se hizo perfecto cargo de que aquello había sido un incidente muy natural, y no dudó de que eso no se repetiría nunca más, pues tendría buen cuidado de preparar mejor a la debutante.

Amorosamente, aunque nerviosa, abrigó a Sally, y observando, mientras tanto, a las madres de las otras alumnas, no pudo menos de decir a una de ellas, que suponía debía estar murmurando contra su niña:

—Algún día Sally será una gran "estrella". ¡Ya lo veremos!

Se oyeron risitas...

— ¡Y cuando llegue ese día—prosiguió la señora Quail—, usted estará aún lavando ropa, excelentísima señora Carter!

La aludida no osó replicar, pues no desconocía el carácter de la señora Quail, y a poco ésta salió del teatro, llevando de la mano a Sally.

Una vez en la calle, se detuvo, miró a la pequeña, que no se atrevía a pronunciar la menor palabra, y le dijo, con cierto pesar:

—No está bien que desilusiones así a tu madre, hija mía... ¡Piensa que cifro en ti todas mis esperanzas!

Por toda respuesta, Sally se apretó con frenesí contra las piernas de su madre y vertió, así, lágrimas muy amargas.

¿Permaneció la señora Quail insensible al dolor de la niña?

No. Todo lo contrario. Era su madre, y la amaba. Por amor sentía la ambición de allanarle el espinoso camino de la gloria.

Cierto que recurrerían juntas la áspera senda y que juntas llegarían al triunfo; pero la madre dejaría en el arduo viaje sus energías,

mientras que Sally no haría más que recoger el óptimo fruto de la siembra...

Y, cariñosamente, la señora Quail abrazó a su pequeña, y sus lágrimas también se besaron.

“ * ”

Días... meses... años de continuo caminar hacia el maravilloso monte donde mora la Gloria.

¿Dejarían en la ruta jirones de alma, como la inmensa mayoría de enamorados del ideal?

¡No! Ellas triunfarían. Una voz interior se lo decía a la señora Quail, y proseguían el calvario con fe inquebrantable.

El señor Quail había pasado a mejor vida, y luego de liquidar el negocio, por cuatro miserables pesetas, la viuda se consagró desesperadamente al logro de su más cara ilusión.

Madre e hija, yendo continuamente tras el

ilusorio espejismo del triunfo en los teatros provincianos, sufrían privaciones, desencantos... sostenidas siempre por el valor de la primera, cuyo temple era de acero.

Cada nuevo tropiezo era un acicate más para perseverar en la lucha.

¡Ay de ellas si hubiesen desfalecido!

Pero, no; la esperanza, la fe ciega en su hija, sostenía a la señora Quail, haciéndola invulnerable a los embates de la adversidad.

Y cayendo aquí, y levantándose allá, recorrieron la mitad del camino.

¿Iban, pues, a retroceder?

¡No! Aunque les costase la vida, seguirían adelante.

Llegaron, con un contrato en el bolsillo, a cierto pueblo, y cuando Sally se disponía a prepararse para la función, que iba a empezar una hora después, ocurrió algo imprevisto: la autoridad ordenó el cierre del teatro.

¿El motivo?

Sencillamente. Oigamos al agente de policía que se entrevistó con el empresario:

—Tendrá usted que cerrar el local. Traigo una orden de embargo sobre el decorado.

Al oír eso, la señora Quail, ocultando su amargo furor, dijo a Sally, indicándole que recogiese sus cosas:

—El comisario ha ordenado que se suspenda la función. Eso quiere decir que otra vez estamos en la calle.

Al poco abandonaron el camafín, y al pasar frente al agente de desahucio y del empresario, la señora Quail, optando por aparentar tranquilidad, para ocultar su pobreza, exclamó, dirigiéndose al segundo:

—¡Si el señor comisario logra sacarle algo de dinero, habrá que creer que es un prestidigitador!

El empresario le dirigió una mirada que no tenía nada de apacible, pero la señora Quail añadió, mordaz:

—¡Felices Pascuas!

Era orgullosa, sí; pero tal orgullo era necesario para que no se las considerase como del montón.

¿Qué triste se presentaba la Navidad para ellas!

La bolsa estaba exhausta, y como el hambre no entienda de sentimentalismos, la se-

hora Quail entró en una casa de préstamos y pignoró la última cosa de valor que le quedaba: su anillo de boda.

Le dieron por él unas monedas, pocas, pero habría bastante para comer y continuar el... calvario.

Sally, que esperó a su madre a la puerta de la casa de préstamos, notó, al reaparecer aquélla, la falta del aro nupcial en su mano, y, acorrajada, inquirió:

—¿Cómo mará? ¿Tu anillo también?

Y la valerosa mujer replicó:

—Todo, Sally. Es necesario que lleguemos a Nueva York. Allí te espera la gloria y la fortuna.

* * *

La voluntad venció.

Tras penalidades sin cuento, las ilusas llegaron a Nueva York, meta de sus sueños, y la suerte se les mostró propicia.

Hallábanse ya en los umbrales del éxito.

Sally actuó en algún teatro de provincias, y, ahora, su madre había logrado una entrevista con un gran empresario, que se mostró dispuesto a tratar de las condiciones en que la nueva artista aceptaría trabajar por su cuenta.

La señora Quail acudió al despacho del hombre de teatros con el ánimo bien definido de no ceder a insignificantes proposiciones, pues era ya gato viejo en aquellas lides y sabía por experiencia que el "bluff" es indispensable para hacerse valer.

Sally no asistiría a la entrevista con el empresario, estableciendo, la señora Quail, siguiendo su táctica, una prudencial distancia entre el interés y el arte. El primero lo representaba ella, como administradora de la "estrella", y el segundo, ésta.

De este modo, la niña no oíría palabras mayores en caso de verse obligada la señora Quail a pronunciárselas al empresario.

La primorosa Sally, pues era, en realidad, como una delicada flor, de cuerpo soberano y rostro divino, en el que ponían una nota de luz maravillosa los lindos ojos, enormes y ex-

presivos, esperaba en la antesala del despacho del director.

Cerca de Sally, y precisamente enfrente de ella, se sentó un joven de aspecto sumamente agradable, a juzgar por el gesto de la artista al verle.

Era un muchacho de unos veinte años, apenas con pelo en el rostro.

¿Sería, también, un artista?

Muy posible, ya que aquel traía un despacho de asuntos teatrales.

El joven se fijó un momento en Sally y quedó asombrado de su peregrina hermosura.

Trató de atraer las miradas de ella, para contemplarla con adoración a los ojos y decirle lo bonita que era; pero Sally, que se dio—¿cómo no?—cuenta del interés que había despertado en el apuesto mozo, desvió sus miradas, aunque le costó mucho renunciar a corresponder sin ambages a la simpatía que le demostraba el agraciado desconocido.

El joven, para no incurrir en la grosería mirando fijamente a Sally, cogió una revista y la hojeó; pero estaba tan lejos de aquella

distracción, que no advirtió que la estaba mirando en sentido inverso, o sea, colocando el pie a la cabeza.

De pronto, se dibujaron unas sombras chinescas en el cristal biselado de la puerta del despacho particular del empresario, donde se hallaba la señora Quail hablando con éste.

Las sombras perfilaban a un hombre y a una mujer, la cual se sabía era mujer por las plumas del sombrero.

Y se oyó:

—¡Eso es ridículo! ¡Ya se nos ha ofrecido dos veces un contrato con sueldo doble del que usted menciona!

Era, como se supone, la voz de la señora Quail. ¡Y qué voz!...

No digo lo contrario, pero yo...

Era la voz del empresario. Voz de comerciante astuto, que insinúa y retrocede, voz que invita a la reflexión...

Pero la señora Quail conocía el paño, y prosiguió, dispuesta a sacar partido del interés que el empresario tenía por Sally:

—¡No trate usted de intimidarme! ¡Lo que

usted quiere es abusar de una pobre mujer, débil e indefensa?

¡Ya salió aquello de la debilidad, de la indefensión y de la pobreza! ¡Y de qué manera! ¡Sin debilidad, sin indefensión y sin pobreza! ¡A cualquiera iba a hacerle creer la señora Quail que ella era una pobre mujer, débil e indefensa! ¡Ella que de un soplo era capaz de tumbar un faro!

Sally y el joven dirigieron sus miradas hacia el despacho del empresario y vieron una y otro agitarse, como si obrase a impulsos de un huracán, el plumero del sombrero de la señora Quail, reflejado en el cristal de la puerta.

En vista de tal cómica escena, el joven, por decir algo que le permitiese entablar conversación con Sally, dijo a ésta, sonriéndole lleno de profunda emoción y respeto:

—¡Qué dulce y qué sencilla!... ¿Verdad?

A Sally le chocó la opinión del desconocido, y comprendiendo la ironía que encerraban sus palabras, le miró con cierto reproche, aunque no mucho, si hemos de decir la

verdad. Y dijo, mostrándose disgustada, con una ingenuidad divina:

—Es mi madre... y mi representante al mismo tiempo.

El joven se atragantó; pero reaccionando presto, corrigióse así:

—¡Qué suerte la suya, señorita! ¡Ojalá tuviera yo una representante así!

Coincidiendo con estas últimas palabras, oyóse de nuevo la voz de la señora Quail.

Decía, autoritariamente, de modo inflexible:

—De hoy en adelante, la señorita Sally Quail tiene que aparecer como primera figura... ¡Es un genio! ¡Tiene juventud, belleza y personalidad!

El joven sonrió y murmuró a Sally, inclinandose hacia ella, y acabando por sentarse a su lado:

—Así es como yo también la describiría.

La joven sintió algo muy dulce en su corazón, algo que desconocía y que le pareció más tierno que el más suave de los sentimientos.

Nunca, porque su madre se lo impidiera,

oyó los madrigales que la juventud compone para la juventud. No tuvo jamás a su lado, tan cerca, tan junto a sí, como ahora a aquel desconocido, a un hombre. Era la primera vez que sus oídos percibían el grato rumor de las galanterías de un admirador.

No se enseña a amar. El amor late en nosotros y se manifiesta delante de la belleza que nos cautiva, que nos domina.

Sally sabía eso, o se imaginaba saberlo, pero su madre, desde muy niña, no había cesado de inculcarle que el amor es un mito, una fantasía, un peligro.

En todo había obedecido Sally a su madre; pero en esa cuestión, aunque se resignaba a acatar sus consejos, cerrando, o, más bien, procurando cerrar herméticamente su corazón al amor, sentía descos, y ahora más que nunca, de no aceptar como buena aquella teoría, por cruel, absurda e inhumana.

El joven, enamorado de la virginal criatura, fué fejos en su quimera, forjada apenas la viera, y le habló de él:

—Me llamo Alberto Terris... Soy compositor de música.

—Oh! ¡Compositor de música!

—¿Le gusta a usted mi arte?

—Mucho, señor.

—Y usted, ¿canta?

—Un poco de todo.

—Me gustaría verla actuar.

—No vería usted gran cosa...

—Es usted tan modesta como bonita.

El rosario de elogios, de frases cálidas, se vislumbraba inagotable, y, en tanto, la señora Quail, satisfecha de haber convencido al empresario, decía a la secretaria, que iba tomando nota de las condiciones del contrato:

—...y el camarín de la "estrella"... y propaganda en abundancia... y mis gastos de viaje... y...

¿Qué iba a pedir más?

¿La cartera del empresario?

—...y el nombre de SALLY QUAIL en letras luminosas sobre la puerta...

A todo ello accedió el empresario, decidido a lanzar a la nueva artista, y al poco la señora Quail salió del despacho de aquél, reflejada en su rostro la alegría, el orgullo, del triunfo.

Alberto, el joven músico, acababa de decir a Sally, con mucha ilusión:

—Espero que trabajaremos en el mismo programa.

La señora Quail trocó súbitamente su sonrisa por una mueca de indignación.

¿Qué es lo que estaba viendo? ¡Su Sally, su niña, su palomita inmaculada hablando con un joven... y cerquita el uno del otro!

Apresuró el paso, y, plantándose bruscamente ante Alberto, le miró con aire retador, como si fuese a comérselo crudo, por haber tenido la osadía de acercarse a Sally, y, luego, cogiendo a ésta de la mano, se la llevó, es decir, la empujó hacia la calle.

La secretaria del empresario avisó a Alberto que podía pasar a ver a aquél, pero el joven quedó tan pensativo, tan entregado a sus cavilaciones amorosas, que no la oyó; y la señorita tuvo que repetirle el aviso varias veces.

La divina visión se había esfumado ¡ay!, pero quedaba una cosa, que nada podía hacer desaparecer, porque estaba íntimamente ligada a él: el recuerdo, el perfume.

Sally tampoco olvidaría aquel rostro... aquellas palabras...

Se rebelaba por vez primera contra la autocrática madre, pero en silencio, sin que nadie, excepto ella misma, se diera cuenta de su insubordinación al entregarse a revivir el feliz instante en que oyó que un hombre le decía que era bonita.

* * *

Las Quail alquilaron una modesta habitación, en un barrio asimismo modesto.

Bien estaba que la señora Quail pidiese en el teatro las máximas comodidades y el mayor lujo para la "estrella"; pero en el hogar, las cosas cambiaban. En el hogar los gastos corrían de su cuenta y los ingresos no eran, de momento, crecidos. "Piano", "piano"... Despacio, despacio... Las más sólidas construcciones, los más soberbios edificios, han em-

pezado por las fundaciones, como el más insignificante. Cada cosa en su tiempo.

Habían pasado unos días desde que Sally y Alberto se vicran en el salón de espera del empresario del teatro.

La jovencita, herida de amor, no hacía más que suspirar, suspirar y volver a suspirar.

Su madre, que se estocaba el rostro para aparecer lo más fina posible, se hallaba ocupada en embadurnárselo, cuando, viendo la melancolía de su hija, le dijo:

—Deja de contemplar la luna... Cualquiera diría que estás enamorada.

Nada dijo Sally a su madre, pero sí a sí misma. Se dijo, se confesó, llena de inefable emoción, que estaba enamorada, que su corazón ya no era suyo, que un hombre, Alberto, ¡ay, Alberto!, había entrado en él como dueño y señor.

La señora Quail iba a decir algo más; pero la interrumpió el sonido de un piano. Crispó los puños, y gruñó:

—Ya está otra vez ese idiota de vecino con el piano. ¡Al menos tocase seguido!

En efecto, el vecino de arriba ensayaba al

piano una nueva composición, porque el tal vecino era compositor.

Irritada, la señora Quail, acabando de "ensuciarse" el rostro para "hermosearlo" — ¡qué paradoja!, ¿verdad? — no pudo aguantarse más y ordenó a Sally, que era tan sumisa como un corderillo:

—¡Sube y dile que se calle!

Sally levantóse del sillón en que cómodamente pensaba en su primer amor, y subió al piso superior, para rogar al inquilino que no tocara el piano.

Muy ingenua había de ser, en verdad, para cumplir el arbitrario capricho de su madre, ya que ningún derecho la asistía para prohibir que tocasen el instrumento que quisieran.

¿Qué le diría al buen hombre, para evitar que la mandase a tomar el fresco?

Meditó y se le ocurrió adoptar el viejo sistema de mentir que su madre estaba enferma y no podía sufrir el rumor del piano.

Animada por la mentira, ya que era una mentira salvadora, Sally llamó al piso del vecino y esperó.

¡Adelante!—dijo una voz.

Empujó la puerta y entró. ¿Qué cara tendría el inquilino? ¿Cara de buen hombre? ¿Rostro de fiera?

Miró, el vecino hizo lo propio, y...

¡Era Alberto!

¡Era Sally!

Sin poderlo remediar, los dos avanzaron resueltamente, alegremente, uno a otro, y se... íbamos a decir se abrazaron, pero no se atrevieron, aunque mutuamente lo desearan. Se dieron las manos como los mejores amigos del mundo, como si se conocieran de toda la vida.

¿A qué había ido allí Sally? Porque lo que es él, estaba allí, en la misma casa de Sally, porque sabía que ésta vivía en ella.

¡Ah! Juegos de Amor. El necesitaba volver a ver a Sally, y tras Sally iba. Estaba decidido a amarla para toda la vida.

Ruborosa, Sally iba a exponer a Alberto el deseo de su madre; pero algo la detuvo, algo que vio encima del piano del joven compositor.

¿Sabéis qué vió?

Un papel pautado, un título, unas notas... Era una composición dedicada a Sally, cuyo título revelaba un anhelo:

SALLY DE MIS SUEÑOS

Cumplido el encargo, inició la marcha, luchando entre el amor... y su madre, que no estaba para amores ni amoríos.

Alberto, suplicante, le dijo:

—[Por favor, no se vaya usted! ¡Tengo que pedirle una cosa!

El corazón de la mocita se "ahogaba" de felicidad. ¿Qué iba a decirle el músico?

Alberto le mostró una fotografía de la joven artista, y viendo la extrañeza que ello le causaba, pues debía preguntarse de dónde había sacado aquel retrato de busto en vaporoso vestido, en que aparecía irresistiblemente bella, explicó:

—Estaba en la mesa del empresario, y lo cogí... ¿Me lo reprocha usted?

¿Cómo se lo iba a reprochar?

—No... no se lo reprocho... ¿Qué mal hay en ello?

—¡Gracias, Sally! Y, ahora, otro favor... uno más... ¿quiere usted dedicármelo?

—No lo he hecho nunca...

—Hágalo una vez... por mí...

—Lo firmaré, pero nada más...

—Como usted quiera, Sally...

La jovencita acercóse al piano y trazó, apoyada sobre la tapa superior de la caja, unas palabras en el retrato suyo.

Entretanto, Alberto había interpretado al piano la composición dedicada a Sally, y la señora Quail, al sospechar, al oír de nuevo música, que su hija no había logrado hacer callar al pianista, y que, puesto que no bajaba, debía estar discutiendo con él, decidió subir a buscarla y a entendiérselas directamente con el poco amable vecino.

Limpíose el rostro y, envolviéndose en una bata, subió al piso superior.

Ni qué decir tiene el susto que se llevaron Sally y el compositor. A pesar de que éste

componía, la presencia de la "suegra" lo descompuso.

Sally se azoró, si no hay por qué negarlo; pero no tanto como otras veces, y así como en otras circunstancias hubiese quedado clavada, materialmente adherida al suelo, aquella vez no se acobardó, y sin que su madre la viese, escondió debajo del almohadón de la cama de Alberto, que estaba próxima al piano, el retrato dedicado.

Menos mal que tuvo ese arranque de inspiración y de valor, porque si su madre le hubiese descubierto el retrato, allí se habría armado la de San Quintín.

La dedicatoria no era directamente de amor, pero por ahí andaba:

Decía:

"A Alberto Terris, el joven más simpático de todos los que he conocido en mi vida.

Sally."

Alberto esperó, ya más tranquilo, el exabrupto con que la "suegra" le iba a obsequiar.

No era valiente ni cobarde; colorábase siempre donde le correspondía; pero delante

de la señora Quail, ¡cualquiera las tenía todas consigo!

Sally miró a su madre, como suplicándole tratase con afecto a Alberto, pues no había hecho nada malo; pero la señora Quail, obligándola a salir, encaróse rudamente con el músico, y exclamó, odiándole:

—¡Esta es la última vez que molestará usted a mi hijo! ¡Hoy mismo nos mudaremos a una casa más honorable!

Tras esto salió, dando un descomunal portazo. ¡Para que se enterara el pollo!

Sally gemía para sus adentros, comenzando a sentirse aburrida de la vida, donde nada la seducía, y, por su lado, Alberto, recobrándose del estupor en que le dejara la actitud incomprensible de la señora Quail, que parecía más bien de déspota que de madre, buscaba con afán el retrato de la amada, para contemplarla en él a sus anchas, tantas veces como quisiera, ya que verla personalmente resultaría más que difícil, imposible.

¿Dónde lo dejó Sally? ¿Se lo habría llevado?

Lo revolvió todo y, por fin, encontrólo debajo del almohadón de su cama.

Lo miró y remió, y al verla tan bonita, tan digna de los mayores sacrificios, sintióse fuerte, capaz de dominar al mundo entero, y en acción de gracias a aquella nueva fuerza que daba nuevos bríos a su ser, besó con el alma los ojos del retrato.



Sally y Alberto trabajaron en el mismo programa.

Sally fué muy bien acogida por el público, que premió con calurosos aplausos sus diversas interpretaciones, lo mismo serías que de parodia, alcanzando una ovación estruendosa al imitar a un célebre bailarín negro.

Alberto la estimulaba al triunfo desde bastidores, y Sally, mirándole a hurtadillas de

vez en cuando, se sentía más preparada al éxito, más segura de él.

Pero la señora Quail vigilaba y, llegándose a Alberto, le devolvió una caja en forma de corazón, diciéndole:



... al imitar a un célebre bailarín negro...

—¡Oiga, joven! ¡Si mi hija necesita bombones, se los escogeré yo... lo mismo que a sus amistades!

Alberto aceptó malhumorado la caja; pero

pensó dársela a Sally personalmente, cuando terminase su número;

No se movió de su observatorio; mas la "suegra", que no lo podía tragar, porque era un enemigo muy peligroso en la carrera de su hija, añadió, dispuesta a suprimirlo fuese como fuese:

—No puede usted estar aquí. ¡Nuestro contrato lo prohíbe!

—Pero, señora...

—No quiero moscardones alrededor de mi hija... Sally se debe a su carrera y no tiene tiempo que perder.

Alberto obedeció, ya que a la "suegra" la amparaba la fuerza del contrato; pero fué a situarse al otro lado de la escena, es decir, en el lado opuesto al de la señora Quail.

Le costaría mucho trabajo a ésta separar a Alberto de la divina Sally.

Al terminar su número, Sally manifestó a su madre el deseo de permanecer entre hastidores, para oír la composición que Alberto, que actuaba a continuación, habíale dedicado.

—¡Déjate de tonterías, hija! Ve a darsnudar-te y nos iremos a casa en seguida.

Tuvo que obedecer y, una vez en el camarín, saltó de gozo y exclamó, toda a su alegría:

—Mamita, ¡qué feliz soy esta noche!

Podía estarlo. Su debut triunfal era motivo más que suficiente para brincar como una cabra, como ella hacía.

Pero había otra cosa, que la madre no sospechaba: el amor a Alberto.

Y como si no fuese aún bastante feliz, Sally recibió una gran sorpresa con la visita de dos antiguos y queridos camaradas.

¡Berta y Benito!

Las jóvenes se abrazaron cariñosamente, y dijo Sally:

—¿Novios todavía?

Berta sonrió y repuso:

—Nos casamos el mes pasado... en el pueblo... y estamos aquí en viaje de novios...

—¡Os felicito!

La señora Quail se lamentaba en su fuero interno de aquella inoportuna visita.

Berta añadió:

—Leímos en el periódico que ibas a trabajar a Europa. ¡Cómo te envidio!

Sally exhaló un suspiro y dijo, a su vez:

—¡Y yo, "cómo te envidio"!

Hábilmente, indicando a Sally que debía vestirse de calle, la señora Quail "echó" a los amigos de aquella, y respiró al verles fuera. ¡Quisiera Dios que no volvieran más!

Un poco después, cuando Sally estuvo vestida, Alberto la encontró en el pasillo de los cuartos y, reuniéndosele, le propuso:

—¿Podríamos ir a cenar a alguna parte?

—¿Con mamá?—preguntó Sally.

—No; solos. ¿No le parece que su mamá necesita descansar? ¡Ha estado de guardia día y noche!

—No la he dejado nunca sola.

—Bien... ésta es la mejor ocasión para empezar a hacerlo.

La señora Quail apareció, y al decirle Sally que Alberto la invitaba, contestó rotundamente:

—¡De ninguna manera!

—¿No permitirá usted que Sally salga a cenar conmigo?—insistió Alberto.

—¡No! ¿Qué se ha creído usted?

Cogió por un brazo a Sally y entró con ella en el camarín.

—¡Por favor, mamá, permítemelo...— suplicó la amorosa.

La señora Quail consideró llegado el momento de fingir un ataque cardíaco, para impedir que la paloma se desmandase, y, dicho y hecho.

—¿Conque ese es el camino que quieres seguir?... ¡Después de todo lo que te he dicho de los hombres! ¡Ay! ¡Mi propia hija querer dejarme sola por irse a cenar con un compositor de tres al cuarto!

—¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡No te pongas así!... Yo no quiero que sufras... No temas... No iré.

Y venció la astucia de la madre.

El empresario apareció en aquellos momentos, y, recobrándose como de milagro, sin que Sally parara mientes en ello, la señora Quail le recibió de esta suerte, abusando de la ventaja en que la colocaba el triunfo de su hija:

—¿En dónde nos ha metido usted? ¡Todo aquí es pésimo!... El teatro... el camarín... las luces... la orquesta... el público... y ese fatoso de Alberto nos está molestando. Si no anula

usted su contrato, nosotras no llegaremos a la semana.

Pero las cosas no llegaron a tanto, y de resultas del acaloramiento la señora Quail tuvo que guardar cama, pues pilló un resfriado de padre y señor mío.



... y venció la astucia de la madre.

El doctor le aconsejó que no se moviera del lecho; pero pensando en los peligros que podía correr Sally en el tiempo que le dejaban

libre las funciones, se hacía el propósito de levantarse.

—Se preocupa usted por ella más de lo debido, ¿Qué piensa hacer cuando se case?—le dijo el doctor.

—¡Sally no se casará nunca! ¡No lo permitiré!—afirmó, asustada, la madre.

—Pero, ¿y si ella quiere casarse?

—¡Ni la diga usted semejante cosa! ¡No hay hombre que la merezca!

En tanto, Sally y Alberto tomaban un refresco en un café elegante.

De súbito, al oír la música, dijo Sally a Alberto:

—Están tocando su canción... Es preciosa... muy linda...

Alberto le acarició las manos y se repetía que Sally era y sería su único amor.

Alberto acompañó a Sally al teatro, y en el camarín de ella, no pudiendo contener su pasión, le dijo honradamente:

—Sally, amor mío, ¿quieres ser mi mujer?

Un estremecimiento intenso agitó a Sally, como si se sintiese repentinamente trasladada al paraíso.

Y los labios de los dos enamorados pactaron su fidelidad.

La señora Quail realizó la temeridad de abandonar el lecho y llegó al camarín en el crítico instante de los abrazos de los novios.



... tomaban un refresco...

Se apoyó en la pared, herida por la inesperada sorpresa, y cuando pudo hablar, rugió:

—¡Muy bonito! ¡Dejo la cana, arriesgando

mi vida, para encontrarme aquí con "esto"!

Alberto abrazó a Sally y, enérgico, como un hombre, exclamó:

—¡Sally, quiero que te cases conmigo inmediatamente!



... se apoyó en la pared...

La señora Quail le recriminó sin piedad:

—¿Y esperó usted a que yo estuviera enferma... imposibilitada para proteger a mi hija?... ¡Qué nobleza la suya!

—Señora, esta misma noche nos casamos.

Sally estaba decidida a romper la cadena de su esclavitud; pero la señora Quail era astuta, y repitió la escena del ataque cardíaco.



... me dejas sola como una pobre vieja inútil...

—¡Ay!... ¡Bien lo veo!... Ya estoy vieja, cansada... No sirvo para nada... Toda mi vida he sido para ti una esclava... he luchado por ti... ahora ya no me necesitas y me dejas a

un lado... me dejas sola como una pobre vieja inútil.

Alberto estrechaba contra sí a Sally, para que nadie se la arrebataste; pero el amor filial hizo el milagro que la hábil madre esperaba.

—No llores, mamá... Yo no te dejo... No te dejaré...

Y Alberto, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, se separó de madre e hija, para no ser un estorbo a su felicidad.

Sally recibió esta carta:

"Sally de mis sueños:

"Me es muy duro dejarte sin decirte siquiera adiós, pero lo comprendo perfectamente. Adonde quiera que vayas, te seguirá mi corazón."

¡Carta-reliquia! ¡Su mayor tesoro! ¡El arcón que guardaba sus lágrimas!

* * *

En París, después de una "tourné" triunfal,

Las Quail eran ricas, y Sally no envidiaba ninguna joya, pues tenía cuantas quería, llegadas a manos de su madre como obsequios de empresarios, de admiradores en días de función de honor.

En el fondo de su joyero guardaba Sally un papel: su mejor joya, y ese papel era la carta de Alberto.

Mil años que viviese, mil años que se acordaría de él.

Para la señora Quail, la vida era un edén. Llegó a realizar incluso la suprema ambición de su vida: que Sally fuese presentada a un príncipe de sangre real.

En París les sorprendió la guerra, y siguieron cuatro años de lucha...

Sally, como otras célebres "estrellas" de teatro, contribuía con su arte a la diversión de los combatientes...

Era muy rica y podía permitirse todos los lujos, pero encontraba placer en divertir a los infelices guerreros.

Los soldados adoraban en ella, que les evocaba la vida feliz; pero no podían ver ni en pintura a su madre, a la que llamaban "el sargento".

Cierta día, durante una representación en un cuartel improvisado en un pueblo, alguien, reconociendo su voz, abrióse paso atropelladamente entre sus compañeros, para alcanzarla.

—¿Sabéis quién era?

—¡Alberto! ¡Era soldado!

Sally se había alejado ya hacia la habitación donde se vestía, y Alberto, como un loco, precipitose a su encuentro.

—¡Sally! ¡Sally!—gritó con toda su alma.

Ella volvióse, sus ojos se desorbitaron de

estupor, y no tuvo fuerzas más que para caer en los brazos de su amado.

—¡Oh, Alberto! ¡Mi Alberto!

Se alejaron de la casa-cuartel, yendo a esconderse en un rincón del jardín.

Sally le contó su vida triste, y escuchando tan sólo la voz de su corazón, imploróle:

—¡Alberto, no me dejes ya más!

—¡Sally de mis sueños!

Pero estaba del diablo, sin duda, que los dos jóvenes no podían hablar a solas unos momentos, pues vino a interrumpirles la señora Quail.

—¡Usted!—exclamó al reconocer a Alberto.

—¿Qué hace usted aquí?

—Cumple con mi deber, señora.

—Su deber le llama a otra parte, no aquí. Y tú, Sally, haz el favor de ir a vestirme para la comida que da en tu honor el general.

Sally, valerosamente, respondió a su madre:

—Haz el favor de presentar al general mis excusas. No puedo ir.

—Pero, ¿tienes que ir! ¡Quedó convenido y

no irás a quedar mal con el buen caballero del general!

—No iré... no... Prefiero estar al lado de Alberto.



... contribuía con su arte a la diversión de los combatientes.

Entonces, la señora Quail, apelando a sus infinitos recursos, dijo a Alberto, aludiendo al deber:

—Joven, ¿piensa usted permitir a mi hija que ofenda así a la oficialidad?

Alberto cayó en el lazo.

—Tu madre tiene razón, Sally, Debes ir... Pero... ¿volverás a reunirte conmigo?



—¡Alberto, no me dejes ya más!

—Sí. Aguárdame aquí... Me daré prisa.

Alberto la esperaba aunque tuviese que dormir al raso, aunque lloviese a mares, porque el placer de verla lo compensaba todo.

Sally se dió prisa en levantarse de la mesa de los oficiales, su pretexto de que tenía que ir a reunirse con los soldaditos; pero su madre fué tras ella, para impedir que se marchase.

—Déjame, mamá. Voy a ver a Alberto.

—Pero, Sally... Supongo que no vas a ser tan necia como para sostener relaciones formales con un soldado raso.

—Le pertenezco, mamá. Hoy mismo me casaré con él, si es posible.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca? ¿Crees tú que dediqué mi vida a tu carrera para que ahora la estropees de este modo?...

—Has dirigido mi vida y mi carrera... y te estoy agradecida por todo lo que has hecho; pero, en lo sucesivo, como mujer, seguiré mi propio camino.

—¡Sally! ¡Sally!

Fingió que le daba otro ataque; pero Sally no le hizo caso. La paloma se desquitaba de tanta tiranía, levantando el vuelo.

Pero Sally sufrió la nueva amargura de comprobar que Alberto no estaba esperándola

en el lugar convenido... ni en ninguna parte...

Preguntó a un soldado, y éste le dijo:

—Ha partido con su compañía para entrar en acción.

¡Oh! ¿Volvería?

Esperó angustiada toda la noche, y al amanecer vió regresar a los que partieron la víspera, muchos de ellos heridos.

Pero Alberto no volvió.

¿Qué había sido de él?

Un soldado le dijo:

—Le vi caer... No sé más... Yo también, mire, "mademoiselle"... Herido en un brazo...

¡Señor! ¿Habría muerto su Alberto?

No le volvió a ver. Nadie supo nada más de él.

El armisticio encontró a las Quail en Nueva York.

Sally era la artista de moda. Inauguró con toda solemnidad la temporada en su teatro propio, y entre las felicitaciones que la eminente joven recibió, contáronse las de sus amigos de la infancia Benito y Berta.

Ni qué decir tiene que fueron las que más agradeció, por ser también las más sinceras.

Benito y Berta tenían dos hijos, que llevaron consigo a ver a Sally.

Esta besó al más pequeño, que apenas había puesto el primer diente; pero la

señora Quail, siempre práctica, a su manera, la apartó del niño con una excusa cualquiera.

Marcháronse los amigos de Sally, y al quedar a solas madre e hija, ésta no pudo con-



Sally abrió los ojos...

tener más tiempo su ansia de desahogarse, de reprochar a su madre el mal que le había estado haciendo:

—¿Por qué me separaste del bebé?

—Porque me pareció que estabas fatigada, hija mía... y ¡yo sé lo que me hago!

—¡Oh, mamá! ¡No puedo más! ¡Estoy aburrida! Entre tú y la guerra me habéis arrebatado la única felicidad que he conocido en la vida.

—Pero, Sally...

—¡Déjame! ¡Déjame!

Y reía y lloraba, como presa de un ataque de locura.

Asustada, la señora Quail acudió en su auxilio; pero Sally desmayóse en sus brazos, como muerta.

Fué preciso llamar al doctor. Este hizo un detenido examen de la sin ventura, y comprendiendo su dolencia moral, diagnosticó:

—No se puede engañar eternamente a la naturaleza. Está enferma de gravedad. Debió usted proceder de otro modo con esa niña...

—¿Qué quiere usted decir, doctor?... ¿Que la culpa es "mía"? Pero si yo siempre he trabajado... he hecho planes y he luchado por el triunfo de Sally...

—¡El triunfo... sí! Pero, ¿el amor... un esposo... hijos?

—¡Dios mío! ¡Haré lo que usted quiera, doctor! ¡Lo que usted quiera!

—No hay gran cosa que hacer, cuando el paciente no quiere vivir...

—Pero, es necesario salvarla, doctor... ¡Es necesario!

—Haré cuanto esté en mi mano; pero la vida, como la muerte, depende de Dios.

Cuando el doctor se hubo marchado, la señora Quail acercóse al lecho de su hija, analizó su conducta y consideróse culpable. ¡Oh sí! No la había dejado amar... y se moría de amor...

—¡Sally! ¡Sally!... ¡Te amo! ¡Vuelve a mí! Se oyó una voz profunda:

—Yo... yo también, te amo... Alberto...

—¡Alberto! ¡Alberto! ¡El amor!

Señor, ¿dónde estaba Alberto? ¿Dónde, para que ella pudiese ir a buscarle por la felicidad de su hija?

Se hizo el milagro de la transformación de la señora Quail, reconociendo su gran error, y otro milagro vino a sumarse a aquél: la reaparición de Alberto.

Cuando cayó, en el campo de batalla, quedó herido y en poder del enemigo. Le amputaron una pierna, que substituyó por una de goma, y ahora, de regreso del calvario, después del armisticio, corrió a reunirse con Sally, su amada, su esposa espiritual.

La madre, olvidando su rencor, besó al bra-

vo ex soldado y lo condujo ella misma al lecho de su niña.

Mirala... tuya es, hijo mío...

Sally abrió los ojos y dió un grito, Alberto



—¡Sally! ¡Sally!

la amparó en sus brazos y soñaron en su próxima felicidad.

Sally dijo:

—... y mamá nos acompañará en nuestro viaje de novios...

Pero la señora Quail repuso, sabiamente:

—¡Eso sí que no! ¡Yo sé lo que me hago!

¡Al fin sabía ser madre!

FIN

AMANTES

RAMON NOVARRO

Alice Terry

Próximamente:

en las

EDICIONES ESPECIALES

DE

LA ONCE SEMANAL DEL MATOGRAFICA

AMANTES

por

RAMON NOVARRO

Alice Terry

GRAN ÉXITO
en las selectas
EDICIONES ESPECIALES
de
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

la formidable novela:

EL ENEMIGO

interpretada por

LILIAN GISH y RALPH FORBES

EMOCIONANTE ASUNTO

No es un film de guerra, sino un canto
a la paz.

16 fotografías de página entera

Artística portada

GRAN ÉXITO del
Número Almanaque
de
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

para

1929

Alarde de buen gusto artístico y litera-
rio, como todos los años

Regalo de un lujoso álbum para coleccionar
los postales de L. N. S. C. de 1929

EXCLUSIVA
DE VENTA

Sociedad General
Española de Librería

Barbará, 16
BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1
MADRID

EXCLUSIVA
DE VENTA

Sociedad General
Española de Librería

Barbará, 16
BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1
MADRID

[B.]